

**MUERTE
DE
ATLANTE**

RAFAEL BALANZÁ

**MUERTE
DE
ATLANTE**

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2024

Los derechos sobre esta obra han sido cedidos a través de
Bookbank Agencia Literaria.

© Rafael Balanzá, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-889-4

D.L.: SE. 109-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Desayuno en el barco	17
El secreto de los atlantes.....	29
Fiebre atlántica	101
El último atlante	195
Agradecimientos.....	217

«Si la gente es tan mala, tal vez sea solo porque sufre, pero pasa mucho tiempo entre el momento en que han dejado de sufrir y aquel en que se vuelven un poco mejores».

LOUIS-FERDINAND CÉLINE
Viaje al fin de la noche

«Los que hicieron el bien resucitarán para la vida; los que practicaron el mal resucitarán para el juicio».

Juan, 5:29

«¿Tienen los hombres una inteligencia tan íntegra como para juzgar quién es bueno y quién es malo?»

BOECIO
La consolación de la filosofía

Destino del atlante

Pero un día mudará tu suerte
y las sombras ahogarán tus gozos,
trocarán las risas en sollozos
y el dolor te herirá en un instante,
como la noche envuelve al caminante
o la luna brilla en el pozo.

En la cúspide de su soberbia,
abate siempre
el destino al poderoso
y lo toma por sorpresa.

A ti también te arrancará
el hado una tarde
de tu sueño más hermoso.

Y te encontrará
(feliz, sonriente, orgulloso),
como la muerte
al atlante.

(Poema simbolista del siglo XIX, incorporado como cita liminar por Alejandro Brazzile en su distopía futurista *El secreto de los atlantes*)

Comunicación interna de la Dirección General de la Marina Mercante

Por la presente, comunicamos a los responsables del tráfico marítimo la notificación urgente remitida por Daniel Mira, capitán del buque polivalente Bóreas, con base operativa en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, para informar a la autoridad sobre el deceso de uno de sus tripulantes.

La persona fallecida es Fernanda Ramírez Cuadrado. No estamos en condiciones de precisar las causas de la muerte, pero se nos informa de indicios presentes en el cuerpo que podrían inducir a descartar causas naturales. Al parecer, se da la circunstancia de que la tripulante fallecida, enfermera de profesión, era la única integrante del equipo con formación sanitaria.

Por la gravedad del suceso, el capitán ha activado el AIS y el Bóreas ha puesto rumbo al puerto de Tenerife con anticipación a la fecha fijada en el programa de navegación. La posición del barco en el momento de emitir el comunicado era la siguiente:

Buque Bóreas, 16 de mayo, jueves, océano Atlántico,
LAT 27° 26'.988 N
LON 39° 43'.596 O

Fecha estimada de arribada a puerto: 21 de mayo.

Solicitamos instrucciones sobre medidas cautelares y remitimos copia a la sala de lo penal del juzgado n.º 6 de Santa Cruz de Tenerife.

Noticia de prensa fechada el 17 de mayo de 2019

POSIBLE FEMINICIDIO EN ALTA MAR
Muere una enfermera española en un barco que
regresaba de Las Bahamas

El capitán del Bóreas, barco contratado por una productora de televisión de nuestro país, comunicó ayer a la Dirección General de la Marina Mercante la muerte de una de las personas que integran la expedición. Según los datos disponibles se trataría de la enfermera Fernanda Ramírez, de 38 años, cuyo cuerpo fue encontrado sin vida ayer a primera hora, en su camarote, con aparentes signos de violencia. Si estas primeras impresiones se confirmasen, se trataría de un feminicidio, un nuevo caso de violencia de género ocurrido esta vez en alta mar, en el insólito marco de una expedición de investigación sufragada, al parecer, por una productora de televisión, para un canal especializado en documentales.

Las fuentes policiales consultadas indican que no es posible de momento especular sobre las causas de la muerte o aventurar el nombre de algún sospechoso. Por otra parte, parece evidente que, si finalmente se descartan las causas naturales o accidentales del falle-

cimiento de la enfermera Ramírez, los demás miembros de la tripulación pasarían automáticamente a formar parte de la lista de personas que investigar en relación con un presunto homicidio.

El Bóreas es un antiguo atunero reconvertido en buque polivalente que zarpó a principios de este mes del puerto de Santa Cruz de Tenerife con destino a las islas Bahamas para indagar posibles indicios de la existencia histórica de la Atlántida, tras el descubrimiento el año pasado de una formación piramidal submarina en un área situada a unas cincuenta millas náuticas al este del mencionado archipiélago. Cuando el buque zarpó, la tripulación constaba de seis miembros:

Fernanda Ramírez, enfermera especialista en medicina de buceo de profundidad.

Adrián Márquez, realizador de televisión y operador de cámara, 54 años.

Bernardo Cantero, mecánico y maquinista, 41.

Carlos Cámara, geólogo, historiador y buceador experto, 50.

Daniel Mira, capitán y piloto, 58.

Esperanza Lorente, bióloga marina y buceadora experta, 45.

DESAYUNO EN EL BARCO

(A)

Se había dormido inocente pensando en el cuerpo libre y elástico de Fernanda y acababa de despertar culpable, después de soñar con la eléctrica risa de Gabriela. Pero ¿cuál había sido el contenido del sueño, exactamente? Aunque no habrían transcurrido ni dos minutos, ahora ya no era capaz de recordarlo con precisión, solo a grandes rasgos, como el paisaje de un lienzo difuminado y roto. Se trataba de una excursión, eso sí estaba claro. Seguramente una escapada a algún lugar de la sierra de Gredos, cuando todavía no tenían hijos. Lo sabía porque los chiquillos no aparecían en ningún momento. Y se encontraban en un entorno con árboles. Hizo un esfuerzo por precisarlo. Un paraje de montaña, sí. De modo que debía evocar, supuso, uno de aquellos primeros fines de semana en que empezaron a salir juntos, a mediados de los noventa. Y luego pasaba algo que los sorprendía mucho. Un globo aerostático volaba dema-

siado cerca de sus cabezas entre las copas de los pinos y los obligaba a escapar corriendo; entre risas —porque encontraban el incidente divertido, no peligroso o amenazador— y entonces llegaban a un pantano que muy fácilmente se convertía en un mar extraño, irreal, como de leche aguada. No tardaban en navegarlo, aunque no recordara ningún momento preciso en que hubieran embarcado en aquella lancha.

Adrián se levantó de su estrecha cama y abrió el ojo de buey. No era nada raro, por supuesto, que el sueño se transformara en navegación, porque realmente acumulaban casi dos semanas en el océano, así que aquella deriva de su imaginación dormida había sido de lo más natural. Pero ¿por qué la culpa? Eso ya no era tan sencillo de explicar. Gabriela y él llevaban mucho tiempo separados, de modo que no tenía motivos para sentir vergüenza. Y, sin embargo, si se paraba a analizar las emociones que teñían su alma aquella brumosa mañana atlántica, esas eran precisamente las que predominaban: vergüenza, culpa. Se le ocurrió que lo peor, a medida que uno se adentraba en la vida, no era tanto sentirse culpable de algo en particular —¿quién llegaba a la cincuentena sin arrepentirse de buena parte de su pasado?— como tener la certeza constante de que podías muy bien ser castigado en cualquier momento y con independencia de tu historial. Pero lo más triste y lamentable era la turbia sensación de merecerlo, aunque no existiese proporción alguna entre el delito y la pena.

Miró a través del anillo metálico y vio un mar ligeramente encrespado que hacía oscilar la embarcación, tal y como podía percibir claramente en la vejiga —que pedía

ser vaciada con urgencia—, en el interior de sus oídos y en todo el cuerpo. Miró la hora en el móvil. Pasaban unos minutos de las nueve. Los demás ya debían de estar despiertos. Recorrió con la vista el pequeño habitáculo, el escaso mobiliario, y se detuvo en el libro que había dejado la noche anterior sobre la repisa metálica atornillada al mamparo: *El secreto de los atlantes*. En verdad, no le apasionaban las obras de fantasía mitológica, pero tal vez pudiera sacar alguna idea útil para el documental y, en todo caso, le ayudaba a pasar el tiempo. Se vistió, se calzó y abandonó su camarote; luego fue hasta el aseo, al final del estrecho pasillo de la tripulación, y allí orinó y se lavó la cara y las manos. Las risas, las voces, el ruido de cubiertos y platos le llegó con claridad desde el entrepuente. Sí, ya estaban desayunando; no cabía la menor duda.

Subió por la escalerilla situada al principio del corredor y saludó a los demás, que le correspondieron sin gran entusiasmo; y entonces Carlos decidió improvisar una de sus desagradables comedias.

—¡Atención! —profirió—. El realizador está en cubierta... Detened el desayuno y la digestión o ateneos a las consecuencias, plebeyos.

—Eso es lo que tenéis que decir cuando subo yo —declaró Daniel, con su ronca voz de antiguo fumador mientras sacaba su corpachón de la diminuta cocina aneja al no mucho más grande compartimento principal del entrepuente que hacía las veces de comedor. Llevaba la cafetera grande en la mano y la colocó sobre el salvamanteles, en el centro de la redonda mesa atornillada al suelo que aparecía repleta de platos y tazas.

—Tú eres el patrón, vale —concedió Carlos—, pero solo él tiene el poder sobre la vida y la muerte de los tripulantes. —Y añadió, mirándolo ahora directamente, con ojos espantados—: ¿Has decidido esta noche a quién arrojarás hoy a los tiburones para animar la película? ¡Cuéntanos qué has visto en tu sueño! ¡Oh, portentoso documentalista!, ¿quién morirá primero?

—¿Me pasas la mermelada? —dijo Esperanza, con cara de aburrimiento o de hastío, señalando el tarro de confitura que Carlos sostenía en alto con la mano derecha mientras remataba la payasada haciendo un gesto con la otra que recordaba la pose solemne de un Cristo bizantino.

—Toma tu mermelada, simpática.

—¿Dónde está Fernanda? —preguntó Adrián, un poco extrañado de no ser aquel día el último en levantarse.

—Estará durmiendo todavía —dijo Bernardo, encogiéndose de hombros—. Hoy no hay prisa, ¿verdad?

—¿Hoy no va a haber inmersión? —lo interrogó Esperanza un poco sorprendida.

Acababa de untar la tostada con mantequilla y confitura de melocotón, pero la había dejado intacta en el plato y otra vez tenía el móvil en la mano. Se preguntó si aquella mujer no dejaba nunca en paz su *smartphone*, ni siquiera en una región del planeta en la que evidentemente carecería de cualquier clase de cobertura.

—Tengo material de sobra —respondió, sentándose en un diminuto taburete de plástico y sirviéndose un poco de café en un vaso de cristal, ya que todas las tazas disponibles estaban ocupadas—. No quiero más planos de medusas gigantes ni de mantarrayas... —Después de un breve

silencio ponderativo añadió, inclinando un poco la cabeza hacia el hombro—: Aunque tuviéramos las mismísimas ruinas de la Atlántida justo debajo del casco en este preciso momento, lo único que me apetece a mí es volver cuanto antes a casa. No sé a vosotros.

Su declaración fue acogida por los demás con gran euforia e incluso algún aplauso. El equipo había cumplido y el trabajo estaba hecho.

Unos cinco minutos después, los únicos que seguían desayunando allí eran Bernardo y Daniel. Este último había sacado del frigorífico dos pequeños pescados de la fritura de la noche anterior y se los estaba comiendo fríos.

—¿Cómo te puede apeteecer eso a estas horas? —lo interrogó Carlos, con un gesto de aprensión acompañado de una sonrisa maliciosa.

—El pescado es sano —declaró Daniel, lacónico y un poco enfurruñado.

—Desde luego, es bastante más sano que las barritas de cereales que tú rumias todo el día —remató Esperanza al mismo tiempo que empezaba a recoger la mesa.

—No sé qué tienes contra mis barritas dietéticas, bióloga —protestó Carlos—. Se llaman así porque están pensadas para complementar una dieta sana. ¿Tú crees que nos engañan?

Esperanza lo miró con irónico desdén mientras empujaba con un cuchillo las mondas del kiwi que se había comido hacia el plato donde estaba acumulando las sobras.

—No me extraña que tú te creas todo lo que dice la publicidad.

—No te extraña.

—Deberían proteger más a las mentes infantiles —añadió Esperanza, con una sonrisa perversa—. Por ley.

—¡Eeeeh! —Carlos hizo un gesto defensivo con las manos.

Daniel soltó una risotada.

—Eso por gracioso —dijo mientras retiraba con cuidado la raspa del segundo salmonete y le echaba un buen chorro de limón.

—¿Qué pasa con las barras de cereales? —insistió Carlos, ya claramente ofendido.

—Que tienen un contenido muy alto en azúcar, por ejemplo —aclaró Esperanza—, y que no es oro todo lo que reluce. Anuncian continuamente alimentos supuestamente sanos que son una porquería.

—Eres una lumbrera, bonita. No sé por qué, en vez de estar en este circo flotante, no te encierran en un laboratorio a descifrar el genoma de algún virus raro y muy peligroso. Qué gran científica se está perdiendo la humanidad.

—El azúcar es más adictivo que la heroína —terció Bernardo—, lo he visto en un documental. Y lo sé por experiencia. Me pasé la adolescencia cenando cereales de chocolate casi todos los días. No aprendí a comer hasta que empecé a ir al gimnasio.

—Los deportistas comen por instinto —confirmó Adrián mientras no dejaba ni un segundo de echar de menos a Fernanda. Le parecía muy raro que no hubiera subido ya.

—Podéis desayunar pescado frío hasta que os salgan escamas —replicó Carlos con un sarcasmo ofensivo que dejaba claro que se estaba picando de verdad—. Pero no me

pidáis ni una puta barrita de cereales en lo que queda de viaje.

Parecía nervioso, con ganas de gresca. No era inusual que intentara acaparar la atención de todos, pero sí que se mostrara tan susceptible. Aquella mañana había algo poco natural en su conducta, como si intentara ser él mismo con demasiado esfuerzo y sin la convicción habitual. En general, era inmune a la crítica porque siempre se hacía mucha gracia y no tenía el menor sentido del ridículo. Sin embargo, en aquel momento se diría que estaba representando un papel con cierta desgana. Llevaban demasiado tiempo encerrados en el barco. Esa era probablemente la explicación. Para lo que no se le ocurría ninguna hipótesis plausible era para el prolongado sueño de Fernanda aquella mañana. Sobre todo, porque ella solía ser siempre la primera en desayunar.

—¿No es raro que Fernanda esté todavía en su camarote? —preguntó por fin, mirando directamente a Esperanza, quien acababa de levantar una pila de platos encajados unos en otros.

La bióloga asintió.

—Bajo a buscarla —dijo.

Luego llevó los platos a la cocina, los colocó en el fregadero y descendió por la escalerilla hacia el corredor de la tripulación.

Bernardo peló un plátano e intentó rociarlo con el poco jugo que le quedaba al medio limón que Daniel había utilizado ya para sus salmonetes.

—Esta mañana hay que revisar la máquina —le dijo el patrón con voz áspera y gangosa—, no quiero más complicaciones.

El mecánico evitó mirarlo, pero asintió mientras troceaba la banana sobre el plato cortándola en finas monedas, para dar a entender que había oído la orden. Era tímido aquel chico. Y, sin duda, también era la persona menos conflictiva a bordo del Bóreas. Aún no había discutido con nadie durante la travesía. Su cuerpo, cincelado a golpe de gimnasio, se revelaba con gran evidencia como el pilar central de su autoestima. A diferencia de Carlos, se aplicaba a un esfuerzo constante para no molestar a nadie. Adrián pensó con desagrado que aún les quedaban algunos días de convivencia por delante antes de arribar a puerto.

—¿Cuándo crees que llegaremos? —interrogó a Daniel.

—El martes, en casa. Eso si no se nos complica el tiempo —hizo un mohín—, porque nunca se puede estar seguro del todo. Una vez estábamos a punto de zarpar de Cabo Verde y la previsión no podía ser mejor. En esa época todavía usábamos NAVTEX. Y de pronto nos llega un aviso urgente. Parecía que se habían vuelto locos de remate. Una borrasca había cambiado de rumbo y venía directa hacia nosotros. Así, por las bravas, fuera de toda la circulación general, sin previo aviso. No hubo tiempo ni para el *check-list*, con eso te puedes hacer una idea. La cosa era que o soltábamos amarras y poníamos rumbo norte a toda máquina o nos quedábamos atrapados en Porto Novo. Y Dios sabía hasta cuándo. Porque una cosa así se sabe cuándo empieza, ¿entiendes?, pero no sabes cuándo va a terminar. Teníamos otra salida contratada en tres días y había que volver a Tenerife, así que decidí jugármela. Zarpamos cagando leches esa misma tarde, con el temporal dándonos

patadas en el culo. Olas de cuatro metros y luego de ocho metros, sacudiéndonos por una banda y por la otra. Y aún se podía poner peor. Jaime quería pedir ayuda. No lo había visto nunca tan cagado. Y ese hombre no era un cobarde. Y yo estaba más o menos igual, aunque no dejaba que se me notara. Si te digo la verdad, esa noche pasé miedo. Cerramos escotillas y pusimos la máquina a trabajar. Conseguimos salir por los pelos. Pero esto no tiene nada que ver. La cosa parece muy tranquila en los próximos tres días, todos los partes coinciden. Puede que Victoria nos mueva un poco cuando nos pase rozando, a mediodía más o menos, pero va hacia Florida, en rumbo noroeste. Navegando hacia África lo dejaremos atrás sin problemas.

Bernardo pinchaba con el cuchillo de sierra las rodajas de plátano y las restregaba por el plato para impregnarlas bien de limón antes de llevárselas a la boca. En ese momento, oyeron gritar a Esperanza. Fue un chillido breve y muy agudo, seguido por otros menores y, finalmente, por lo que parecía un llanto desconsolado. Daniel volcó un vaso vacío al hacer un gesto descontrolado con su mano derecha y se puso de pie sobresaltado. Bernardo soltó el cuchillo y Carlos salió de la cocina alarmado.

—¿Qué pasa?

Daniel pareció temblar un momento, como si su recio cuerpo de viejo marino estuviera recibiendo órdenes contradictorias del cerebro. De pronto se precipitó hacia la escalerilla sin decir nada, seguido de cerca por Carlos. Adrián se unió a ellos y los tres bajaron a la cubierta inferior. Recorrieron los pocos metros de pasillo hasta el camarote de Fernanda. Sentía una gran urgencia por averiguar lo que

ocurría, pero sus dos compañeros bloqueaban la puerta. Se vio obligado a empujarlos para abrirse un hueco y mirar hacia el interior del camarote donde Esperanza estaba llorando.